

El cerco

Un tipo espigado, de pelo cano, facciones severas y humos de vate infalible me abordó una tarde en medio de la calle:

—Te llamas Juan Monterde —dijo—. Naciste el siete de marzo de 1966. Vives al lado del centro comercial y tienes tres hijos: el mayor, moreno; el segundo, castaño y el tercero, rubio.

Se quedó mirando, sin pestañear, como esperando una reacción del tipo: «¿Es usted un genio, no puedo creer lo que estoy oyendo», y antes de que yo pudiera responder que se equivocaba, que no era Juan Monterde, añadió:

—En 1974 tu padre sufrió un grave accidente. Tenías solo ocho años pero aún recuerdas el instante como si hubiera sucedido ayer. En la habitación contigua, tu tío Andrés, entre sollozos, confesó a tu madre lo que había dicho el médico: que no había esperanza alguna. Tu padre estuvo en coma catorce meses, desahuciado por todos los especialistas que lo visitaron, hasta que llegó el doctor Morgan, al que tu tío Andrés había ido a buscar al mismísimo Chicago y, como por arte de magia, lo resucitó.

Aprovechó una pausa para encenderse un cigarrillo.

—Cuatro años más tarde, tu padre se había recuperado por completo. Casi habías olvidado la tragedia, los interminables días de monótono rezo de tu madre, cuando una noche llegó la Guardia Civil a tu casa y os dijo que lo habían arrestado. «¿Arrestado por qué?» preguntó tu madre, y el guardia espetó que eso se lo dirían en la comisaría. Pero nadie le contó nada. No es cierto. Se lo dijeron, pero ella se guardó mucho de hablar contigo al respecto. Fue tu tía Gracia la que muchos años después te confesó que tu padre había violado a una joven.

Hizo otra pausa. Nos quedamos mirando a los ojos, sin decir palabra. Yo con la cabeza levantada, pues me sacaba palmo y medio. Al fin,forcé una sonrisa.

—Lo siento —dije después de haber asistido a aquella rocambolesca historia sin poder meter baza—. Creo que me confunde con otra persona. Ni tengo tres hijos, ni vivo cerca del centro comercial, ni mi padre sufrió jamás un accidente, ni mucho menos —sonreí— fue un violador.

—Nunca me equivoco —aseveró con contundencia.

—Esta vez sí. Pero no se preocupe. Debo de tener un rostro bastante común. La gente suele confundirme. Apenas hace una semana una mujer se empeñó en que era su marido que había desaparecido hacía ocho años. Estuvo persiguiéndome, incluso llamó a la policía, hasta que una cicatriz que no tengo en el brazo izquierdo —me arremangué— y que sí tenía su marido, la persuadió.

—No le hablaste de la cirugía.

—Qué cirugía...

—El veinticuatro de setiembre de 1981, saliste del colegio con dos amigos: Martín Prieto y Ferrandis, a quien llamabas el Escolano. En la puerta os esperaban los de Diógenes. Os habían amenazado por la mañana por culpa de una niña: Carmen Reyes. A ellos los corrieron a sopapos, pero a quien buscaban era a ti. Os llevaron por el camino embarrado que bajaba a la vaquería y en las losetas de piedra amontonadas para construir la futura autovía que hoy lleva al centro comercial, te obligaron a arrodillarte. Después sacaron a Carmen Reyes. La tenían escondida tras la vaquería. Sólo tenías que admitir que ella sería de Diógenes. Así de sencillo. En primera instancia te negaste. El filo de una navaja brilló en el atardecer rojizo y dibujó un ciempiés de sangre en tu brazo. No pudiste soportar el dolor ni el miedo. Aquella cicatriz fue tu vergüenza. Te acomplejaba ir con manga corta, y en verano te vendabas porque no podías soportar que nadie te viera. Pensabas que morirías con ella, pero hace dos años y medio, el doctor Morgan te aplicó unas sesiones de láser y unos injertos de piel innovadores y consiguió regenerar las células muertas.

Aquel hombre comenzaba a incomodarme. Después de escuchar aquello, negué con la cabeza y me dispuse a marchar.

—Disculpe que no le preste más atención. Ya le dije que estaba usted confundido. Si me permite, tengo un poco de prisa: son las diez y veinte, llego tarde a mis clases...

—Terminaste la carrera de matemáticas en 1990. Tuviste problemas con el cálculo infinitesimal de segundo curso por culpa de un profesor viejo y algo lunático llamado Claudio Bonilla y arrastraste la asignatura como una cola de caimán hasta quinto; pero una vez superada la licenciatura preparaste el doctorado con notable éxito. Obtuviste la plaza de profesor numerario en 1992 y desde entonces ejerces en la Facultad de Ciencias Económicas, hoy Administración de Empresas. Piensas que el año que viene, con suerte, serás catedrático.

Estábamos en la acera. Hasta entonces me había aislado del mundo de tal modo que no había reparado en que estábamos en el centro de la ciudad, y la voz grave del hombre alertaba a la gente que pasaba por la calle. Descubrí a dos jóvenes que se habían detenido con disimulo como si miraran los números de los iguales, pero no me cupo duda de que aguardaban el desenlace de nuestra conversación.

—Bien —dije tras haber escuchado el nuevo repertorio—. Supongo que ahora cada cual deberá seguir su camino. Lamento no ser el hombre que anda buscando.

—Creo que te interesa mucho saber lo que voy a decirte ahora. Ya no puedes seguir huyendo.

Vi que la pareja de los iguales se giraba con disimulo. Una pandilla de jóvenes también se había acercado y observaba con curiosidad. Un señor mayor se quedó junto al puesto de la castañera y escuché que le preguntaba: «¿Qué pasa?» Ella susurró como susurran las mujeres que pasan mucho tiempo en la calle, sin modular el volumen de la voz: «Parece que tuvieron una pelea cuando eran jóvenes y el alto le cortó un brazo por culpa de una mujer». El comentario atrajo a dos parejas de novios que paseaban cobijados en abrigos.

Por un momento sentí que éramos dos pistoleros, frente a frente, dispuestos a continuar la trifulca hasta que uno pereciera.

—No sé quién es usted. En serio. —Y miré al resto de gente con toda la franqueza con la que fui capaz, intentando que descubrieran en mí a un tipo normal, víctima de un equívoco, o quizá mostrando el rostro contrariado de quien se siente abordado delante de la multitud por un loco—. Lamento mucho la confusión. Entiendo cómo debe de sentirse si ha estado buscando a ese hombre... Pero esas cosas pasan: tuve un amigo que estuvo besándose en el cine durante el tiempo que duró la película con la chica que tenía a su izquierda pensando que era su novia y sólo cuando encendieron las luces se dio cuenta de que su novia estaba a la derecha y de que se había dormido. Fue una suerte que se durmiera, la verdad.

Confieso que dije aquella estupidez con cierto ánimo populista, con la intención de que la gente me viera ingenioso, simpático y desdeñara al tipo taciturno que se encontraba frente a mí. Pero fue un mal remedio.

—Ese que citas como amigo se llamaba Fabio Mendicutti y no entiendo cómo te atreves a nombrarlo después de lo que sucedió.

Ahora todo el mundo aguardaba con impaciencia las palabras que desvelarían el destino de Fabio Mendicutti, sin embargo el hombre de pelo cano los distrajo con otro envite.

—Pero has extraviado la capacidad de amar en algún lugar de tus devaneos solitarios.

—Yo no he tenido devaneos solitarios. Me considero un tipo normal. Estoy casado, trabajo como...

Volví a mirar a la gente. Se habían incorporado nuevas personas que observaban con mayor descaro y me dio rabia que mi actitud y, en consecuencia, mis actos estuvieran encaminados a forjar en ellos una opinión.

—Y muchas cosas que ocultar. Por eso huyes.

—¿Huir? —No quería dar pie a nuevas explicaciones porque contribuían a formar la escabrosa historia de aquel paranoico y cada vez había más gente agolpada esperando. Ahora ya habían formado un cerco humano. Sin ningún tipo de reserva nos miraban. Me sentí abatido por ese pánico escénico en el que uno no es capaz de distinguir a nadie entre la multitud. Se le queda grabado algún rostro en el subconsciente, pero no puede regurgitarlo hasta mucho después, cuando ya todo ha sucedido y se encuentra tranquilamente en su casa. Entonces es cuando dice, por ejemplo: Y estaba allí Teresa, claro, aquélla era Teresa.

—Sí. ¿O es que no recuerdas nada?

—¿Cómo... cómo lo voy a recordar si en mi vida he conocido a Fabio Mendicotti o como quiera llamarse?

—Lo conociste en Roma. Te habías casado con Clara Silvano. Habían nacido Paolo y Carla, y tu esposa estaba embarazada de Luca. Siempre has sido un corderito así que habías sucumbido a sus peticiones de vivir allí. No te gusta Roma. En verdad no te gusta vivir en el extranjero. Tú eres muy de tu país. Muy tradicional. Y tampoco te hacía gracia dejar a tu madre aquí sola. No tienes hermanos y te daba la impresión de que si te ibas la abandonabas, la dejabas tirada esperando la muerte.

Estaba claro que en el combate particular con aquel loco, yo iba perdiendo. De momento sólo había recibido golpes y a la gente no le cabía la menor duda de que yo era Juan Monterde, el tipo desdeñable, hijo del violador, el que niega a un amigo por no se sabía qué circunstancia, el que abandona a la madre desvaída... Pensé en huir. Sí. Ahora entiendo que habría sido lo más prudente. Pero no me sentía con fuerzas de

dirigirme hacia algún lugar del cerco para, con un hilillo de voz, pedir permiso para salir sin mirar a los ojos de nadie, con la vista pegada en el suelo, como los vencidos, mientras aquel hombre se regodeaba con el triunfo y se pavoneaba ante la concurrencia. Debía replicar, montar un argumento en su contra, aunque careciera de aquella capacidad de inventiva.

—Mire. De verdad. Siento mucho decepcionarle, pero yo no he estado en Roma jamás. Mi mujer no es italiana Y lo único cierto es que no me iría de aquí a vivir a ninguna parte porque considero que éste es el mejor país del mundo.

—Sin embargo te dejaste arrastrar. Te lo había advertido tu madre: «Esa mujer te llevara lejos, te separara de mi y no tendrás el coraje para negarte». Y era cierto No regresasteis hasta muchos años después. Cuando de tu madre no quedaba nada. Ni siquiera su memoria.

Se me agotaban las opciones. Cualquier palabra que dijera podía convertirse en un nuevo desvarío. Había que reconocer su maestría. Trenzar las hebras de una historia no es tarea sencilla. Improvisarla casi imposible. Como última estrategia, pensé que una actitud activa podía desconcertarlo; por eso, con temor, balbucí los réspices de una pregunta.

—¿Y ese Mendicotii vive ahora aquí o en Italia?

—Muy gracioso.

Un silencio plomizo cayó sobre nosotros. En el cerco, los rostros parecieron derretirse como los relojes de Dalí. Se les doblaban las bocas, se les descolgaban los ojos. Intenté sobreponerme con naturalidad.

—No sé qué tiene de gracioso lo que he preguntado.

—Fabio Mendicutti está muerto.

Muerto.

Era la peor palabra que podía escuchar en aquel momento.

Muerto.

Siguió sonando entre las tiras de bombillas de colores que colgaban en la calle para festejar la Navidad. Muerto, crepitó entre las ascuas de la castañera. Muerto, corrió de boca en boca entre siseos dentro del cerco.

Me temblaron las piernas. No me atreví a preguntar por qué había muerto. La respuesta podía ser el golpe definitivo que me tumbaría en la lona. Pero el hombre sabía jugar sus bazas.

—El seis de agosto de 1997, la policía lo encontró en su casa, tumbado en el sofá con una herida profunda en el pecho. Uno de los vecinos, Claudio Montó, recuerda que unas noches antes lo había escuchado discutir airadamente con un hombre. Entre las voces confusas pudo distinguir el nombre de Clara.

Decididamente no me sentía capaz de combatir contra él.

—Una historia muy original —dije en un último intento de parecer gracioso o, al menos, de rebajar la tensión— ¿Es usted escritor de cuentos o la ha leído en alguna novela?

—No. No soy escritor de cuentos. Llevo veinticuatro años trabajando en la policía —hubo otro silencio y continuó—. Tardamos mucho tiempo en encontrar el hilo conductor de esta historia porque hacía solo seis meses que Fabio Mendicutti vivía aquí, en un piso alquilado y nadie sabía de él. Alguien afirmó que lo visitaba a menudo una mujer. Cuando le pidieron que la describiera dijo que se trataba de una mujer de unos cuarenta años, morena y esbelta. Lo de esbelta lo ratificó, además, otro de los vecinos. Nadie dijo a la policía que aquella mujer era Clara Silvano porque nadie conocía su nombre. Ni tampoco que había estado acudiendo clandestinamente al apartamento de Fabio durante meses, buscando un amor que habían iniciado en Roma muchos años atrás, en la infancia.

No me quedaban alternativas. Alguien en el cerco musitó:

—Lo mató él.

Y la frase se extendió como si fuera de agua para inundar la calle entera. Después una mujer regordeta añadió:

—Con el padre que tuvo...

Observé que mi rival me miraba con satisfacción, altivo.

—Hace unos meses, visité al doctor Morgan en su prestigiosa consulta. Me confesó que había dos traumas en la vida de Juan Monterde que no había podido superar: la perfidia de su padre y el robo del orgullo por Diógenes. Yo sé que habría que añadir un trauma más: la infidelidad de la esposa. —Dejó de hablar y elevó la mirada—. Le pregunté si lo creía capaz de cometer un asesinato y respondió con el sosiego de un hombre entrado en años: «No es que lo crea capaz, sino que tengo la certeza de que ya ha matado a un hombre».

Hubo otro silencio. Sentí la necesidad de arrodillarme. De pedir clemencia. Lo que fuera antes de que siguiera hablando. Pero no conseguí despegar los labios y él prosiguió.

—No se refería a Fabio Mendicutti, desde luego, sino al hombre que le había infligido la primera pena. El que lo había sumido en la vergüenza en su adolescencia. Su padre. El doctor Morgan fue quien le practicó la autopsia. Y si falseó el informe de la muerte fue porque la madre de Juan Monterde le rogó que mintiera. Su madre. La madre que años más tarde él abandonaría para irse con Clara Silvano a un país extranjero. Esa madre que murió sola, empobrecida y cuyo cadáver tardaron trece días en encontrar porque nadie la había echado en falta.

El cerco se cierra. Las bocas se mueven pero no consigo ver qué dicen. Las bocas. Esas bocas que se derriten. Y los ojos. Ojos que cuelgan por todas partes mientras el cerco se estrecha. Me ahoga. Las bocas. Los ojos. Dios. La sonrisa del hombre que parece clamar una venganza popular contra el deplorable ser que ha humillado. Me hundo en un mar de agonía. De brazos. De piernas. De ojos. De bocas.

Resucité en uno de los hospitales de la ciudad. Al principio, cuando alcé los párpados, no sabía dónde estaba y tampoco recordaba muy bien qué me había sucedido. Al menos no tenía magulladuras. Al parecer sólo había perdido el sentido por culpa de la presión, pero nadie me había golpeado, pese a la ira que se reflejaba en algunos rostros.

Una vez recuperado, tardé bastante tiempo en regresar al lugar en el que había sucedido el encuentro. Y cuando pasé por allí no pude evitar que me asaltara un escalofrío. La verdad es que no he dejado de pensar nunca en aquel hombre y habría creído que se trataba de una alucinación o de un delirio si no lo hubiera visto hace unos días.

Se encontraba en la acera, frente a un muchacho de apenas veinte años. Alrededor, había comenzado a formarse un corro de gente interesada en la conversación. Cuando llegué, le estaba diciendo al joven:

—... hace varios años tu padre, el prestigioso Dr. Morgan, salvó la vida a un hombre llamado Juan Monterde.

La gente empezaba a rumorear. El chico se defendía con los argumentos de siempre.

—Mi padre no se llama Morgan, tío, y tampoco es médico.

—Él mismo se quejó muchas veces de que lo negaras. Por eso acabó suicidándose. Fue tu falta de cariño la que lo llevó a la tumba.

No hubo tregua. Poco a poco, lo fue envolviendo en el cerco. Visto desde fuera, pude admirar la maestría con la que tejía su tela, hasta engullirlo con sus mentiras. El chico acabó huyendo después de haber negado hasta el infinito que no era el hijo del doctor. Pero dudo que alguien le creyera. La gente necesita las historias ajenas, quizá porque las propias son insuficientes. Y también hay gente que necesita crearlas, gente que tiene vocación de Dios. En mi caso, esa vocación me llegó después de conocerlo, por eso estoy aquí, frente a la castañera, observando a la muchacha de la gabardina que mira el escaparate y a la que dentro de nada abordaré para decirle:

—Te llamas Clara Silvano. Naciste el nueve de marzo de 1970. Vives cerca del centro comercial, tienes tres hijos: el mayor, moreno...

